



## CAPÍTULO IV.

**Del cisma que hobo en la Iglesia.—La España goza de mucha paz.—El rey D. Enrique es tan acatado de todos, que dispone de la paz y de la guerra.—Muere el papa Gregorio XI.—Los cardenales eligen á Urbano VI.—Algunos cardenales se salen de Roma, eligen en Fundi otro papa con el nombre de Clemente VII y se hace un cisma horroroso en la Iglesia.—De la muerte del rey D. Enrique.—El reino de Portugal se pone en gran turbacion por haberse apoderado la reina del rey, y disponer á su arbitrio del gobierno.—Muerte del rey D. Enrique, y su elogio.—De cómo comenzó á reinar el rey D. Juan.—El rey D. Juan y su mujer doña Leonor se coronan en Búrgos en el monasterio de las Huelgas.—Que Castilla dió la obediencia al papa Clemente.—Se celebran córtes en Medina del Campo para tratar á cuál de los dos papas se dará la obediencia.—De la guerra de Portugal.—Los portugueses se ligan con los ingleses para hacer guerra al rey D. Juan de Castilla.—D. Juan entra en Portugal y se pone sobre Almeyda: su escuadra derrota la de los portugueses y apresa veinte galeras con su general.—Se trata de concierto y se concluye la paz.—De la muerte del rey de Portugal.—Muere la reina doña Leonor y el rey resuelve casarse con doña Beatriz, infanta de Portugal.**

Gozaba por estos tiempos España de paz y quietud á causa del parentesco y afinidad con que los reyes (aunque diferentes en leyes, lenguas, costumbres y pretensiones) estaban entre sí en muchas maneras y con diversos casamientos trabados; demas que se hallaban cansados con las guerras de ántes tan pesadas y tan largas. Parecia que la paz asentada duraría por mucho tiempo. Con los moros por ser diferentes en la secta y creencia no podia intervenir matrimonio, ni asentar con ellos amistad que fuese firme y durable; pero tenian concertadas treguas. Al duque de Alencastre de cada dia se le regalaban más sus esperanzas y pensamiento que tuvo de apoderarse de Castilla, así por la universal concordia de los principes de España, como porque en Francia de nuevo se emprendió una muy reñida guerra, con que trocada la fortuna y mudada en contrario, los ingleses, hasta allí vencedores, comenzaban á caer de su prosperidad.

La fama y nombradía del rey D. Enrique volaba por todo el mundo, por haber conquistado un reino tan poderoso como es el de Castilla. Tenía en su mano la paz y la guerra como el á quien todos los demas acudian. Concluidas, pues, y sosegadas las guerras, volvió su pensamiento á asentar las cosas de la paz y del gobierno, castigar insultos que con la ocasion de la guerra tomáran mucha licencia. Procuraba restituir las buenas y ancianas costumbres de los pasados, fortalecer las villas y ciudades, aumentar el bien comun y mirar por él con todas sus fuerzas. Sólo Aragon en esta sazón no estaba sin algun trabajo y nuevas sospechas de guerra, porque como arriba hemos dicho Luis, duque de Anjou, á quien D. Jaime príncipe mallorquin traspasó su derecho del reino de Mallorca, tomó esta empresa por suya y la quiso llevar adelante. Juntó córtes el rey en Monzon, donde se trató de la defensa desta guerra. Hiciéronse para juntar dinero nuevas

imposiciones, mas solamente sobre los judíos y moros que en aquel reino vivian, por contradecir los señores y pueblos que sobre la otra gente se echasen pechos ni derramas de nuevo; bien que decian estaban prestos, segun costumbre de sus antepasados, á voluntad del rey de tomar á su costa las armas por la defensa y libertad de su patria.

Hiciéronse levas, alistóse y juntóse mucha gente, y aparejaronse todas las demas cosas necesarias para acudir á aquella guerra peligrosa, y la más grave que por aquel tiempo hobó. Hay fama que se armaron cuarenta galeras en las marinas de Francia, y se juntaron cuatro mil hombres de armas: y hechas las paces con los ingleses, como se entendia las asentarian por la grande instancia que sobre ello hacia el sumo pontífice, temian mucho en Aragon no viniesen y revolbiesen en su daño todas las fuerzas de Francia. Llegóse á esto un nuevo temor de guerra por cierta ocasion ligera y no de mucho peso, como quier que á veces de pequeñas centellas, si con tiempo no se acorre, se suelen emprender grandes fuegos. La cosa pasó así. Habia el obispo de Sigüenza. D. Juan Garcia Manrique, ido á seguir su pretension sobre el arzobispado de Toledo, por dificultades que sus contrarios sobre su eleccion ponian, delante del sumo pontífice: iba en su compañía D. Juan Ramirez de Arellano. Á la vuelta en Barcelona, delante del rey de Aragon, el vizconde de la Rota, mozo brioso, le desafió y le llamó de traidor, porque sin embargo de tantas mercedes como habia del rey de Aragon recibido poco ántes, movió á don Jaime el Mallorquin, á que viniese sobre Aragon.

El rey daba muestras de favorecer el partido del vizconde, por estar muy sentido de don Juan, no por alguna culpa, sino por la mucha cabida que tenia con el rey de Castilla, y porque usaba mucho de su buen consejo. Aceptóse el riepto: señalóse el plazo para de allí á noventa dias. El rey D. Enrique tomó este agravio y negocio de su privado por suyo: tratóse por terceros de alzar aquel desafío y desbaratalle; mas por estar el rey de Aragon por el vizconde, no se efectuó. Avisó el rey de Castilla

desque supo el caso, que era contento combatesen; mas que para seguridad del campo acordaba enviar tres mil caballos. Era esto en buenas palabras denunciar la guerra á Aragon: por tanto aquel rey desistió de su intento, que fué acuerdo no ménos prudente que saludable, y á todos cumplidero.

En Brujas, mercado muy famoso de los estados de Flándes, se juntaron con seguridad bastante para tratar de paces entre Francia é Inglaterra, el duque de Anjou y el de Borgoña, con los duques de Alencastre y el de Yorch, ingleses de nacion: acudieron asimismo á aquella junta por el rey de Castilla, Pedro Fernandez de Velasco, su camarero mayor, y D. Alonso Barrasa, obispo de Salamanca. Su intento era que con los demas le compre hendiesen en aquella confederacion y alianza que pensaban asentar; no se pudo concluir cosa alguna, si bien se procuró con todo cuidado. Ni en aquella junta, ni en la que despues el año de mil trescientos setenta y siete se tuvo en Bolonia la de Francia, ciudad asentada sobre el mar, no léjos de Brujas y de los estados de Flándes, no se pudo efectuar lo que tanto se deseaba. La nueva que á deshora llegó de la muerte del rey de Inglaterra, Eduardo VI, que avino á los diez de Julio, desbarató todas estas pláticas y las esperanzas que comunmente tenian. Falleció asimismo poco ántes que su padre, su hijo mayor que se llamó tambien Eduardo, príncipe de Gáles, por donde quedó por heredero del reino Ricardo, nieto deste rey é hijo del príncipe; como su abuelo lo dejó dispuesto en su testamento, que se cumplió enteramente, si bien el niño quedaba en edad de once años, y tenia tíos que pudieran hacer alguna contradiccion, pero no quisieron, que fué un ejemplo notable de modestia y de nobleza, en especial en tiempos tan extragados y revueltos.

Despedida que fué aquella junta, el duque de Borgoña, con grande acompañamiento y repleto, vino á España, por voto que tenia hecho de visitar en Galicia personalmente el cuerpo del glorioso apóstol Santiago. Cumplido su voto y su devocion, ántes que diese la vuelta para sus estados, se vió en Segovia con el rey D. Enrique; fué tratado con todo género de re-



galo y cortesía, como era razón y justo con tal huésped se hiciese. Lo demás del estío pasó el rey en Leon, el invierno tuvo en Sevilla. Todo el aparato de guerra que en Francia se hacia revolvió en daño del rey de Navarra y de sus tierras, de quien los franceses estaban gravemente sentidos por las cosas que el tiempo pasado en su perjuicio hiciera. Hallábanse á la sazón en Normandía los infantes de Navarra D. Pedro y doña María, que en el viaje de Francia acompañaron á la reina su madre, para con su tierna edad mover á compasión al rey de Francia, su tío, para que templase la saña que contra su padre tenía.

Con el mismo intento pasó otrosí á Francia D. Carlos, hijo mayor de aquellos reyes, si bien nuevamente desposado con la infanta de Castilla doña Leonor, que dejó en casa de su padre, y su suegro no aprobaba esta jornada que hizo. Dióle el padre por acompañado á Balduino, famoso capitán, que tenía á su cargo muchas fortalezas y plazas de Normandía, y á Jaques de la Rua, su muy privado, y que por el mismo caso tenía mucha mano en el gobierno. Á éste dió orden en puridad que se viese con el inglés y le significase cómo él estaba presto de tomar las armas contra Francia si viniese en dalle como en feudo el ducado de Guiena. Poco secreto se guarda en las casas de los reyes. Tuvo el francés aviso de todas estas tramas y trazas; echó mano del dicho Rua, púsole á cuestion de tormento, y como confesase lo que se le preguntaba, le condenaron á muerte, que se ejecutó en París. Á Balduino mandaron entregase las fortalezas que en Normandía se tenían por su rey, y para ello declarase las contraseñas y cifra con que los alcaides entendiesen era aquella su voluntad y determinación.

Al infante D. Carlos, primer heredero de Navarra, mandaron no saliese fuera de aquella corte: á sus hermanos D. Pedro y doña María, pusieron presos y arrestaron en Bretol. Las tierras que en Francia dejaron al navarro sus antepasados, muchas y muy buenas, lo de Evreus y las demás ciudades, fuerzas y plazas en un punto se las quitaron, parte por fuerza, otras por concierto. Con este reves tan y tan grave, cual en aquel tiempo ninguno mayor,

quedaron castigadas las demasías y pretensiones de aquel rey. Los caudillos en aquella guerra y empresa fueron, demás de Beltran Clauquin, los duques de Borbon y de Borgoña. Solos dos pueblos, no se sabe por qué causa, quedaron en Francia por el navarro; demás destos, Cherebourg, que tenía en su poder el inglés empeñado por cierta cuantía de dinero que le prestó los años pasados y para seguridad de la amistad que entre sí tenían asentada.

El francés, no contento con esta satisfacción no dexaba de solicitar al rey D. Enrique, para que por su parte hiciese entrada en Navarra, que por ir tan de caída sus cosas no podría aquel rey hacerle contraste. Nunca los príncipes dexan pasar ocasiones semejantes, y el de Castilla se conocía muy obligado al de Francia; pero era necesario buscar algun buen color para romper con el que era su deudo, amigo y aliado. Ofrecióse una ocasión acaso, que le pareció bastante. Quexábase el navarro que el dinero que concertaron de contalle en la confederación y asiento que tomara con Castilla, y debían pagalle todo en oro, parte le dieron en plata, moneda baxa de ley, y que llevaba liga demasiada. Acuñaban la moneda por estos tiempos muy baxa, que era la causa de concertar en los contratos la suerte en que se debían hacer las pagas. Para satisfacerse deste agravio sobornaba á Pedro Manrique, adelantado de Castilla, y gobernador que era de Logroño, le entregase aquella plaza, con grandes ofertas que le hacia si venia en lo que le importunaba. El adelantado, como caballero leal, avisó á su rey de lo que pasaba.

La respuesta fué que le cebase con buenas esperanzas, y con color de querelle entregar aquella ciudad le metiese en el lazo, y le echase mano. Hizolo así: vino el navarro, acompañado de cuatrocientos de á caballo, de los cuales envió parte al pueblo para apoderarse dél; que por recelarse de algun trato doble él no se aseguró de entrar. Acertólo: los que envió, luego que estuvieron dentro, fueron presos y despojados, excepto algunos pocos que con ánimo varonil se pusieron en defensa y pudieron escapar. Entre los demás se señaló de muy valiente Martin Enriquez, alférez real, que con la



espada desnuda se defendió de gran número del pueblo que cargaron sobre él, y por salvar así y el estandarte (como lo hizo), se arrojó de la puente en el río Ebro que por debaxo pasa.

Destos principios se vino á rompimiento y á las puñadas. El rey D. Enrique nombró por general de aquella guerra á su hijo el infante don Juan, que rompió por las tierras de Navarra, taló los campos, hizo presas de hombres y de ganados, tomó á la Guardia y á Viana, quemó á Larraga y Artaxona. El odio con que peleaban era implacable; á ninguna cosa perdonaban en que el fuego y la espada se pudiesen emplear. Mucho pedecian los navarros, pues en un mismo tiempo eran forzados á sustentar la guerra contra dos reyes muy poderosos, sin ser bastantes para contrastar al uno sólo, á su grandeza y poder. Esto pasaba el año que se contó de Cristo de mil y trescientos y setenta y ocho, alegre para Castilla, para las demás naciones de la cristiandad aciago. Hallábase el rey de Castilla en Búrgos, presto para acudir á las cosas de la guerra, y alegre por las buenas nuevas que le venian de Navarra. Junto con esto celebraba en aquella sazón y ciudad las bodas de sus hijos. D. Alonso conde de Gijón, su hijo bastardo estaba concertado con doña Isabel, hija otrosí fuera de matrimonio del rey de Portugal: era el conde mozo liviano y mal inclinado: huyóse con color de no querer casar, hizole su padre volver del camino, y finalmente se efectuó el matrimonio.

Concertó asimismo otras dos hijas bastardas que tenía con los dos hijos de D. Alonso de Aragon, conde de Denia y marqués de Villena: la mayor, por nombre doña Juana, casó luego con D. Pedro, el hijo menor, cuyos hijos fueron el famoso D. Enrique de Villena y D. Alonso; doña Leonor, la menor, quedó desposada con D. Alonso, á la sazón ausente, y en poder de ingleses por prenda del rescate que su padre concertó cuando á él mismo le prendieron en la batalla de Nájara; bodas que por entonces se dilataron por esta causa, y despues nunca se efectuaron. Concertáronse otrosí desposorios de doña Beatriz, hija legítima del portugués, con D. Fadrique, hijo bastardo del rey de Castilla. En Roma falleció el papa Gregorio XI á los

veintisiete de Marzo. Hechas las honras al difunto como es de costumbre, se juntaron en cónclave los cardenales para nombrar sucesor. Acudieron los senadores y la nobleza romana para suplicalle no desamparasen á Roma ni se volviesen á Francia, que pues la Iglesia era Roma, nombrasen pontífice de aquella ciudad; las menguas y revueltas pasadas los moviesen á compasión de la que era cabeza de la cristiandad, origen y albergue de toda santidad. Juntaban con los ruegos amenazas; que el pueblo estaba tan alterado, que con razón se podría temer no se descomidiese y resultase algun grave escándalo.

Hallábanse en el cónclave cuatro cardenales italianos y trece franceses; los intentos, trazas y voluntades, de todo punto diferentes y contrarias. La vocería y estruendo del pueblo los atemorizaba y aún enfrenaba, que con las armas en la mano decia á gritos: «¡Por Dios crucificado, dadnos pontífice romano; á lo ménos, italiano!» Con esto á los nueve de Abril salió por papa Bartolomé Butillo Neapolitano, arzobispo de Bari: en el pontificado se llamó Urbano VI. Entre el ruido y regocijo del pueblo algunos cardenales se retiraron al castillo de San Angel, otros se salieron fuera de la ciudad, los más se fueron á sus casas. Quejábanse de la fuerza y ponían dolencia en la elección; pero todos de comun consentimiento, sea por estar mudados de voluntad, sea por conformarse con el tiempo, se hallaron á la coronación del nuevo papa, que se hizo á los diez y ocho de Abril, que fué el principal fundamento en que estribó la defensa de Urbano en el cisma gravísimo que luego resultó; porque, si fueron forzados, ¿qué les movió volver á Roma y hallarse á la coronación? Y si de la voluntad eligieron, ¿qué desvarió retratar con daño comun y tan grave lo que una vez aprobaron? Alegaban que los caminos estaban tomados y todos los pasos con guardas de soldados; color y capa que tomaron, como á la verdad no pudiesen llevar la severidad del nuevo pontífice, mayor por ventura que podían llevar tiempos tan extragados.

Urbano también se pudiera templar algun tanto, de suerte que la gente no se alterara, acomodarse á lo presente, y desear lo mejor



para adelante. Luégo al principio de su pontificado, quitó el gobierno de la Campania á Honorato Cayetano, conde de Fundi; ocasion cual deseaban los cardenales mal contentos para intentar novedades y alterar la paz de la Iglesia, que con achaque de los grandes calores y el cielo de Roma mal sano, se salieron de Roma, y por diversos caminos se juntaron en Fundi. En esta ciudad, á los diez y nueve de Setiembre, nombraron por papa á Roberto, cardenal de Ginebra, con nombre de Clemente VII, que fué dar principio al cisma, y á los debates entre los dos pontífices, y á las descomuniones y censuras que el uno contra el otro fulminaron. El papa Urbano, para suplir el colegio y consistorio, en un día crió veintinueve cardenales de diversas naciones, varones todos señalados. Clemente se partió luégo para Aviñon con harta duda de la cristiandad, sobre cuál fuese el verdadero papa. Los italianos, los alemanes y los ingleses seguían al papa Urbano; los franceses y los escoceses á Clemente; los españoles al principio estuvieron neutrales y á la mira, si bien de la una y otra parte les hacían gran instancia con embajadas para que se declarasen.

En el mismo tiempo que la república cristiana se comenzaba á turbar con el cisma de dos pontífices, que se continuó por largos años, los portugueses gozaban de una larga y grande paz; cuanto á lo demas, las cosas de aquel reino no se podían hallar en peor estado. La reina, apoderada del rey más de lo que fuera razon. La fama de su honestidad no tal, ni tan buena. Decían tenía puestos los ojos y la afición en D. Juan Fernandez de Andeiro, conde de Uren. Á sus parientes y aliados solamente se daban los cargos y gobiernos; la demas nobleza por el mismo caso estaba descontenta y perseguida, ó de callada, ó al descubierto. Amenazaba alguna gran tempestad, por cuyo miedo el infante D. Donís, hermano de aquel rey, se retiró á Castilla, como queda dicho de suso. Poco despues hizo lo mismo el infante don Juan, su hermano. Á D. Juan, hermano de los mismos, aunque bastardo, y maestre de Avis, pusieron en prision y le amenazaron de muerte: él, como prudente, acordó disimular y aco-

modarse al tiempo, y con algunos servicios y muestras de dolor aplacar el ánimo irritado de la reina. En Lisboa, cabeza de aquel reino, se fortaleció con muros la parte más baja de aquella ciudad, que remata con el mar. Hizo esto el rey D. Fernando, así por el daño que por allí se recibió los años pasados, como para pertrecharse y apercebirse para todo lo que pudiese suceder.

Los dos pontífices no se descuidaban en solicitar por sus legados á los reyes de España para que se declarasen. El de Aragon todavía se quiso estar neutral, bien que sentido en particular del pontífice Urbano, que trataba de desposeerle de Cerdeña y de Sicilia: todavía no dió lugar que en su reino se leyesen los edictos que Clemente contra él fulminaba. Sólo proveyó que las rentas eclesiásticas y aprovechamientos que pertenecen al papa se pusiesen entercería en poder de un depositario que las tuviese de manifiesto, hasta tanto que la Iglesia determinase á quién se debía acudir con ellas. Los legados de Urbano enviados al rey D. Enrique, le hallaron en Córdoba, do era ido para proveer á las cosas del Andalucía. Pedían en nombre del que los enviaba, que le tuviese por verdadero pontífice, y declarase á su competidor por falso, elegido contra los cánones y derecho. Oyólos benignamente; pero ántes de resolverse en negocio tan grave, acordó juntar en Toledo las personas más señaladas del reino para determinar lo que se debía responder. Hallábase en aquella ciudad el infante D. Juan, su hijo, de vuelta de la guerra, y con intento de pasar el invierno en aquellas partes. Acudieron embajadores del rey de Francia, que vinieron á hacer las partes de Clemente. Hízose la junta; los obispos, los ricos hombres y letrados que en ella se hallaron, habido su acuerdo, finalmente respondieron no tocaba á ellos el juicio y determinacion de aquella controversia, mas que estaban prestos de seguir lo que la Iglesia en el caso determinase, y en el entretanto las rentas y provenidos pertenecientes al papa estarían guardados para el que ella juzgase el verdadero papa. Con esta respuesta se volvieron los embajadores el año mil trescientos setenta y nueve.

Don Enrique se fué de allí á Búrgos, donde



estando aperciendo las cosas necesarias para la guerra de Navarra, le vinieron embajadores de parte de aquel rey, hombres muy principales, con muy cumplidos poderes para hacer conciertos de paz, que se asentó finalmente con estas condiciones: que saliesen de Navarra todos los soldados ingleses; que para mayor seguridad veinte fuerzas, y entre ellas fuesen las tres, Estella, Tudela y Viana, por diez años tuviesen guarnicion de castellanos; que el rey de Castilla, para ayuda de los gastos hechos en aquella guerra, prestase al de Navarra hasta en cantidad de veinte mil ducados luégo que se firmasen las paces. Concluido el concierto, los dos reyes se vieron en Santo Domingo de la Calzada. Llevaron gran repuesto, y á porfia pretendía cada cual aventajarse en todo género de grandeza, cortesía y comedimiento.

El rey de Granada, por el mismo caso, se recelaba no revolviessen las fuerzas de los cristianos en daño suyo. Acusábase su conciencia por lo que hizo en tiempo del rey D. Pedro en su ayuda; no se persuadía estuviere el rey don Enrique olvidado, ni que le faltase voluntad de tomar de todo enmienda. Las fuerzas no eran bastantes si se venia á rompimiento y á las puñadas. Acordó valerse de arte y de maña. Persuadió á un moro que con muestra de huir de Granada se pasase á Castilla y procurase dar la muerte al rey. El moro era sagaz, como la pretension lo pedía; procuró ganar la gracia del rey, ya con servicios á propósito, ya con ricas joyas y preseas que le presentaba. Entre los demas presentes le dió unos borceguíes á la morisca muy vistosos y primos, pero inficionados de veneno mortal. Así lo atestiguan autores muy graves; conseja á que dió crédito la dolencia que desde que se los calzó le sobrevino, que en diez días le acabó en la misma ciudad de Santo Domingo: su muerte fué domingo, á los veintinueve del mes de Mayo. Bien es verdad que autores más atentados y graves testifican falleció del mal de gota. Vivió cuarenta y seis años y cinco meses; reinó despues que se llamó rey en Calahorra, trece años y dos meses. Varon de los más señalados, y príncipe en la prosperidad y adversidad constante contra los encuentros de la fortuna, de agudo consejo

y presta ejecucion, y que el mundo le puede llamar bienaventurado por la venganza que tomó de las muertes de su madre y de sus hermanos con la sangre del matador, y con quitalle de la cabeza la corona. Ejemplo, finalmente, con que se muestra que la falta del nacimiento no empee á la virtud y al valor, y que si enfrenára sus apetitos deshonestos en que fué suelto, pudiera competir con los reyes antiguos más señalados. La franqueza demasiada de que algunos le tachan, disculpa asaz la revuelta de los tiempos y la codicia de los nobles, que no se dejaban granjear sino á precios grandes y excesivas mercedes, además que estaba puesto en razon hiciese parte de los premios de la victoria á los que se la ayudaron á ganar y se hallaron á los peligros y trabajos. Todavía en su testamento corrigió en gran parte esta liberalidad con excluir de la herencia de aquellos estados que dió á los deudos transversales, y admitir solamente á los descendientes, hijos y nietos; traza con que gran parte de los pueblos que por esta causa se enajenaron y de las donaciones enriqueñas han vuelto á la corona real.

Hallóse á su muerte D. Juan Manrique, obispo de Sigüenza; con él comunicó sus cosas, y nombradamente con él envió á D. Juan su hijo los avisos siguientes: que en el cisma que corria, no se inclinase fácilmente á ninguna de las partes; trajese siempre ante sus ojos el santo temor de Dios y el amparo de su Iglesia; conservase con todas las fuerzas y con toda buena correspondencia la amistad de Francia, de donde les vino en sus cuitas el remedio; pudiese en libertad todos los cautivos cristianos; procurase buenos ministros y criados, que son el todo para gobernar bien; advirtióle, empero, que de tres raleas y suertes de gentes que se hallaban en el reino, los que siguieron su parcialidad, los que al rey D. Pedro, y los que se mantuvieron neutrales, á los primeros conservase las mercedes que él les hizo; mas que de tal suerte se fiase dellos, que se recelase de su deslealtad y inconstancia; á los segundos podría cometer cualesquier oficios y cargos, como á personas constantes, y que procurarían recompensar con sus buenos servicios las ofensas